



Traje de fiesta de mujer de La Alberca (Salamanca). Valioso ejemplar de traje popular de la mujer española.

EL nuevo Museo del Pueblo Español abrió recientemente sus puertas al visitante. En el edificio del antiguo Ministerio de Marina, y teniendo por horizonte uno de los mejores trozos del paisaje de Castilla, se habilitaron cuantas salas fueron precisas para dar una somera idea de lo que ha de ser este Museo en día no muy lejano. Porque el actual no es, ni con mucho, la obra museal que el pueblo y el arte popular de España demanda, y que hoy pretenden llevar a cabo una dirección y un Patronato. De ello nos da idea las palabras de su director, señor Pérez de Barradas.

—Cuanto hoy ve en el Museo es obra provisional —nos dice—. El Museo del Pueblo Español proyectado se levantará en la Quinta de los Pinos y en él se recogerá todo cuanto mejor represente al pueblo español en todos sus aspectos. Cuidaremos de especial manera de la casa de campo; con respecto a ésta llegaremos a la reconstrucción más cuidadosa de sus piezas típicas, o sea de su ajuar, dormitorio y cocina.

—¿Cómo realizaron esta obra?

—Contando, desde luego, con la colaboración de las provincias españolas. Estamos seguros que éstas acudirán edificando sus hogares más característicos.

—¿Qué métodos expositivos piensan seguir?

—En cuanto a objetos y trajes se huirá del almacén y se cuidará de la selección de cada uno de ellos. Nada, tampoco, del maniquí de cera, tan anticuado. Todas las series tipológicas de herramental, útiles de trabajo, cerámica, serán cuidadosamente seleccionadas, y todo, en fin, convergerá en el amplio marco del museo proyectado, de forma que llene por completo las finalidades que obra de esta naturaleza requiere.

Hasta aquí cuanto nos dice el Director.

El traje de la mujer española, joya del Museo.

Pero nuestros ojos, engolosinados con la curiosidad, ávidos se dedican a ver lo que constituye el Museo actualmente. Ni pobre ni rico es éste; siempre interesante. Le presta su interés mayor la ingenuidad de muchos de sus objetos y el recuerdo de la vida lejana y elemental que todos estos objetos representan. Y sobre todo las meditaciones que sugiere, meditaciones en las que está presente siempre la mujer.

En pocos Museos como en éste se ve más clara la influencia de la mujer. Un noventa por ciento de las piezas museales son femeninas y fueron hechas para la mujer. Y ellas nos dicen también cómo vivió y sintió ésta en no muy lejanos días. Nosotros diríamos que en pocos lugares mejor que en éste se puede amar y conocer mejor a la Patria.

Patria y conocimiento de la misma son esos trajes salmantinos, en donde cada localidad puso a la gala femenina la mayor fastuosidad que mejor reflejara su amor y su empeño. Véase, por ejemplo, ese traje de labradora rica de La Alberca. ¡No cabe mayor fantasía y riqueza en traje de



para darnos la impresión más exacta del pasado español. No sobran, no, si queremos estudiar la evolución del atuendo femenino.

Al lado de estos trajes, por lo general policromos y brillantes, se muestran los del varón. El de éste es casi siempre sobrio y recio y forma un acusado contraste. Diríase que al hombre español le sobró siempre toda superfluidad que no fuese la recta que le encaminase a las más altas empresas. Caballero siempre, dejó a la dama todas las galas y todos los primores que concebía.

Vitrinas de bordados. Oros y platas del indumento.

Femenino es también el contenido de la mayor parte de las vitrinas que se exponen; ya son éstas en donde el hilo y la seda están bordados con los más lindos dibujos, ya encostradas de abalorios y lentejuelas, ya con los encajes de bolillos. Labor de lentas horas en lejanos días; pudiera afirmarse que la maestría está en ellos y que a ellos hay siempre que mirar cuando se quiere obtener algo de valor positivo en su género.

En otras vitrinas vemos la joyería popular española; cruces y collares, dijes y abollanas. Aquí el vidrio se incrusta en el oro con frecuencia; es lo espectacular lo que se trató de lograr. Y siempre se logra. Y ello da lugar a una orfebrería ciertamente bella para la mujer. Al hombre le bastó para sus mejores trajes con un botón de oro cincelado o con un broche de filigrana de plata para el cuello de su capa.

El ajuar de la casa española.

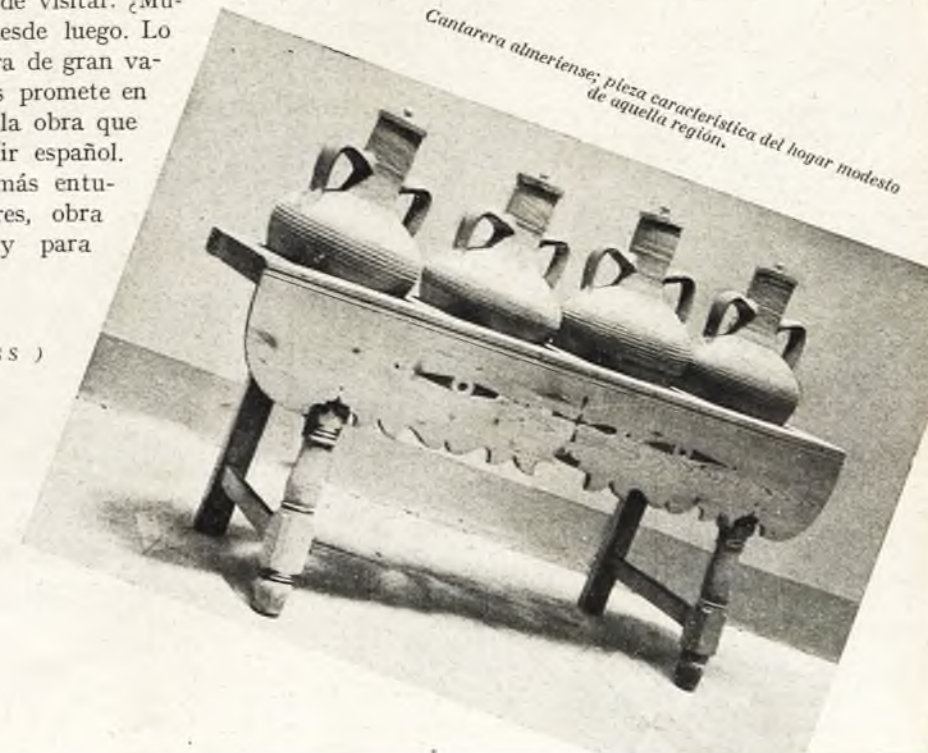
También queda prendida nuestra admiración en cuanto vemos del ajuar de casa. En esto España es tan rica, que adivinamos la extensión que ha de tener el nuevo Museo en la Quinta de los Pinos para estar en él adecuadamente representada.

Lo que vemos en el actual Museo no puede ser más feliz. Ya son los tallados arcones de Aragón con su traza gótica y mudéjar, ya los orondos cofres catalanes. Al lado de éstos vemos los bancos de muchos hogares castellanos, cada uno con un estilo. De las tierras centrales de Castilla son los decorados con tallas renacentistas; de las zamoranas y palentinas son otros más sencillos, que nos hablan del poyo adosado al yar.

También la cerámica y la alfarería popular están muy bien representadas. Muchas colecciones recogen la tipología completa de una región. Ella nos trae la visión más exacta del lejano hogar. Y ella nos descubre también una artesanía que tanto, ¡ay!, se olvidó y a la que hoy la Patria, en su renacer, llama como a su mejor colaboradora para su grandeza futura.

Esto nos dice el Museo del Pueblo Español que acabamos de visitar. ¿Mucho? ¿Poco? Mucho, desde luego. Lo que vemos es todo obra de gran valor español. La que nos promete en un futuro próximo es la obra que corresponde al porvenir español. Y como obra de los más entusiastas, de los mejores, obra grande por España y para España.

(Fotos HESS)



Cantarrera almeritense; pieza característica del hogar modesto de aquella región.

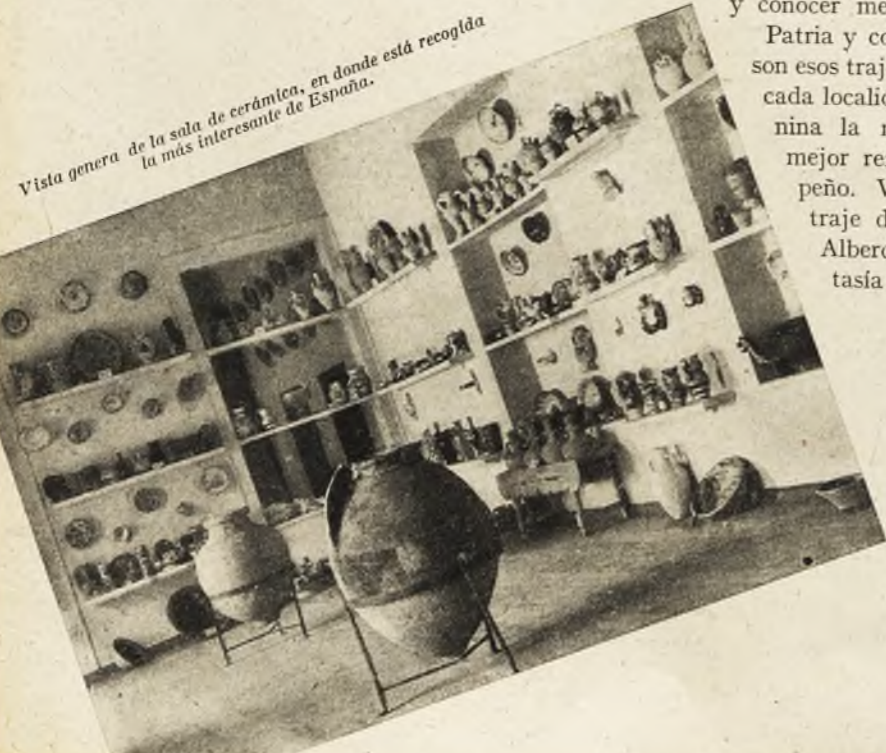
EL MUSEO del PUEBLO ESPAÑOL

P o r C E C I L I A B A R B E R Á N

mujer! Al lado de éstos se exponen también los de otras mujeres de España, asimismo de ricos en colorido, sedas, terciopelos, bordados y abalorios. Estos son los de Aragón y Navarra, Andalucía y Extremadura, los de Castilla y Levante. Si alguna vez el traje nos habla del amor al pueblo y a la región, en éstos está fielmente reflejado este amor. Tanto por su número como por su variedad y calidad, esta colec-

ción de trajes se pudiera calificar como la joya del Museo.

Al lado de estos trajes genuinamente españoles se exponen otros que se califican de históricos, españoles también. Y son los que operan la transición entre el pasado y el presente; trajes que perfilan las distintas clases sociales y que son el comienzo de las modas que nos llevan a los extremos actuales. Sobrarían estos trajes, ciertamente,



Vista general de la sala de cerámica, en donde está recogida la más interesante de España.



Piezas de alfarería que recogen tipología de una región.